feliz, por el arduo trabajo a que, en éste, entregáis y sacrificáis vuestras vidas.

No dudéis; Cristo siempre está con vosotros. Imaginaos que lo véis, en los lugares en que trabajáis, pasando cerca de vosotros, apercibiéndose de vuestras fatigas, oyendo vuestras conversaciones, consolando vuestros corazones, terciando vuestros desacuerdos, y vuestro taller se convertirá en el santuario de Nazareth, y reinará, también entre vosotros, aquella confianza, aquel orden, aquella concordia que no son sino un reflejo de las bendiciones del Cielo, que aquí abajo extiende y conserva la justicia y la buena voluntad entre los hombres que perseveran en la fe, en la esperanza y en el amor a Dios.

Mientras tanto, Nos invocamos a la Divina Protección sobre nuestros obreros amados, hombres y mujeres, sobre vuestras familias, sobre los que os dirigen y guían en vuestras tareas, y hasta sobre vuestros mismos talleres, para que el Señor os preserve de todo peligro y de todo mal, impartiéndoos, con todo Nuestro Corazón, como augurio de privilegiadas gracias, Nuestra Paternal Bendición Apostólica.

Tomado de "Tribuna Católica". Año XI (1). Nº 103. Julio de 1943. Págs. 461-470.

Carta a Víruca

El postrer beso de Bolívar

Caracas, 28 de octubre de 1942.

Señorita Elvira Miró-Quesada.
Lima.

Querida Viruca:

Despedirme de Ud. personalmente, hubiera sido acrecentar con otro sentimiento el muy natural que me causa alejarme del Perú.

Esta carta va a cumplir mi promesa de referirle como fué la postrera galantería de Bolívar para con la mujer, que él, humano, amó con el deliquio pasional de las almas recias. Me halaga presumir que este sencillo relato habrá de complacer a Ud., conocedora de la bibliografía bolivariana y que me prestó gentil apoyo en mi labor encaminada a hacer del Paladín el nexo más fuerte entre su gloriosa patria y la mía.

Acaso, como en los cuentos legendarios, debería comenzar: "Hubo una vez un héroe en nuestra América que amó a la Gloria y a la mujer por iguales". Pero, eso lo sabe Ud. asaz, linda Viruca, y también como quiso

ser galante Bolívar ante la dama cuyo esposo español —terrible decisión del destino—le ofreció su hogar para que en él aguardara la muerte aquel que no puede morir en la gratitud de los peruanos. Nuestras patrias lo extrañaron en los momentos en que era más necesario que manifestaran su alteza moral en su más radiante forma. Y él, que había creado patrias para los buenos y para los malos, siguiendo la tradición católica de los predestinados, se encontró con que se le negaba un mísero pedazo de tierra para despedirse de este mundo, llamado con tanta sabiduría por la Iglesia, valle le lágrimas. Pero, no están bien los truenos al hablar de Bolívar, que él reclamaba el epinicio en cuantos hechos fulguró su genio y ya es bien ganado premio para el empeño de escribirle esta misiva el pensar que ha de posar en ella sus ojos de usted, alma embebida del amor patrio, pasión que el Adalid sufrió en la más pura modalidad heróica. Sufrió, porque no bastaron a su recompensa las épicas fruiciones, cada vez que una de sus batallas o que una acción de su política ofrendaba una nueva patria a la República en América; que bien se adivinaba que su espíritu llevaba, como en cendales de perdón, todo el oprobio que lanzó sobre su obra la incomprensión mezquina de los ambiciosos de minúsculos poderíos. ¿Qué significaba el laurel sobre aquella frente en que se albergaron las más realistas al par que sublimes concepciones del Estadista, ante la tremenda previsión con que las veía desplomarse al contacto de la realidad social de la América que él soñó como una sola gran patria? Con moneda harto dura pagó el beso de la Gloria y lo sigue cancelando, si es que hay moneda para comprar beso tan codiciado; porque es beso de mujer, aunque ame, diosa desvergonzada, al decir de Baudelaire, a los viejos y a los muertos.

Refieren, con lacerante emoción, los historiadores, cómo fue de acerbo el peregrinaje de Bolívar desde que abandonara Bogotá para llegar a San Pedro Alejandrino, último paraje que sintió las débiles pisadas que otrora fueron fuertes sellos de libertad. No permitía el frágil estado de la salud del Libertador sino un lento andar del coche! tan lejos estaban ya las triunfales carrozas de la Lima rebosante de cortesanía y de las otras ciudades de América que le aclamaron vencedor! Iba con "la trágica expiación de la grandeza", de que habló Rodó y, en lugar de séquito de cortesanos y de héroes, llevaba sólo el amigable acompañamiento de don Joaquín de Mier, hidalgo como español que era.

Jornada tras jornada, por rudos caminos historiados, que alumbraron, en no lejanos días, el esplendor de las victorias de la emancipación, iban en penoso recorrer dos hombres, magnos igualmente, en generosidad, que es la más límpida expresión de la grandeza. Había emancipado Bolívar nuestras patrias de aquella genitiva de pueblos cuya nacionalidad seguía siendo título de orgullo en el señor de Mier. No se había corrido aun la página de la perdición por la Corona, del imperio americano y bien puede medirse como iban palpitando aquellos corazones que encendía diverso y alto amor. Pero, la posteridad hace a Bolívar, también, honor de España y excelsa ga-

nancia tiene la Península con este hijo en retribución de la pérdida de sus dominios de ultramar. Otra vez, se encontraban españoles y americanos repitiendo romancescas empresas, que, sin duda, lo eran el llevar un español a Bolívar a morir lejos del odio de sus adversarios y a éste, aceptando el ademán hidalgo, como natural don de la patria de su solar que hicieron ilustre los Bolívar de la Puebla de su nombre.

Y aconteció que se detuvo el carruaje ante la morada de los señores de Mier, puesto que el esposo se despedía de su señora y dueña con la misma sencillez elegante con que lo hacían de sus damas, en vísperas de realizar audaces aventuras, los castellanos. Y quiso ver a Bolívar la señora de Mier, quizás consciente de que sería la postrimera vez que contemplaría al Padre de la Patria. Muy cansado está el Libertador, díjole, ante su empeño, el buen español; sería preferible dejarlo tranquilo. Bolívar escuchó el diálogo y, asomándose a la portezuela, musitó: "Aun me quedan fuerzas para besar la mano de una dama".

Y aquel fué, Viruca, el último beso que dió a una mujer el héroe que había sentido, tantas veces, estremecer su corazón por el voluptuoso palpitar del labio. Dícese que, en retribución, subió la dama al carruaje para acompañar al Héroe. Queda la emocional escena como paladina comprobación —aunque innecesaria— de que Bolívar fué siempre caballero aún en los ásperos días del vivac.

Pero, se me ocurre, que usted me habrá de responder que no está completa la historia de "la última galantería del Libertador" (1), que he sido incapaz de referírsela, puesto que Ud. sabe que, además de ser noble para con la mujer, también lo fué para con la ingratitud de los que libertó. Y tiene Ud. razón, querida Viruca, que no debemos olvidar los que le adeudamos la libertad que él, munífico siempre, se gastó la postrera hidalguía para con los redimidos por su genio, cuando, olvidando el implacable encono que despertó su gesta, les dejó su augusto testamento conjurándolos a la unión. Así, gallardo ante el más terrible dolor que lo hizo proferir: "Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido los más grandes majaderos de la humanidad", se despidió Bolívar de este mundo, en donde no tuvo, a semejanza del personaje de Plutarco, igual entre sus rivales.

Hágame Ud. Viruca, la merced de creerme su devoto amigo,

FRANCISCO VETANCOURT ARISTEGUIETA.

Tomado de la "Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Año 3. Vol. IV. Dic. 17 de 1942. Núm. 12.

---

(1) J. A. Cova. "El Superhombre".